

Pioppi, Carlo
Christian Gabrieli. Un protagonista tra gli eredi del Celeste Impero. Celso Costantini, delegato apostolico in Cina (1922-1933) edb, Bologna 2015, 267 pp.
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 25, 2016, pp. 593-595
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35546875056>

Christian GABRIELI

Un protagonista tra gli eredi del Celeste Impero. Celso Costantini, delegato apostolico in Cina (1922-1933)

EDB, Bologna 2015, 267 pp.

Celso Costantini (1876-1958) es un personaje de cierta importancia en la historia de la Iglesia en el siglo XX. Nacido en Friuli, en el extremo Noreste de Italia; después de muchos años al servicio de su diócesis, en 1920, fue nombrado administrador apostólico de Fiume, en años muy difíciles para esta ciudad dálmata, debido a una disputa de fronteras entre Italia e Yugoslavia. Dos años después fue enviado a China como delegado apostólico. Terminada esta misión, se estableció en Roma, donde fue secretario de la Congregación de *Propaganda Fide* de 1935 a 1953, año en que fue creado cardenal.

De los cuatro períodos de su vida, el que ha atraído más la atención de los historiadores ha sido el tercero, transcurrido en China. Existen ya muchos estudios y artículos sobre esta página de su vida, pero faltaba una obra de conjunto que presentara toda la historia de la delegación apostólica de mons. Costantini. Este libro de Christian Gabrieli viene a llenar esta laguna. Sin duda hay que apreciar la capacidad de síntesis del autor, que en poco más de 200 páginas consigue ofrecer al lector, en un cuadro ordenado y completo de los aspectos más importantes, la obra del prelado italiano en el Extremo Oriente.

El libro se abre con un capítulo dedicado a presentar la situación de las misiones en China entre los siglos XIX y XX. Mientras había un gran incremento del número de fieles y las misiones experimentaban un cierto florecimiento, se manifestaban tres grandes problemas –conectados entre sí–, que frenaban el empuje de la evangelización en el gigante asiático: el protectorado

francés sobre las misiones católicas, que hacía muy difícil para muchos chinos no identificar catolicismo y Francia; el sistema de la comisión de territorio, por la que cada prefectura o vicariato apostólico era confiado a un instituto misionero, que tenía una natural tendencia a prolongar su control de la región; y una falta de confianza en el clero local, relegado en una condición subalterna.

León XIII había intentado establecer relaciones diplomáticas directas con Pekín, pero había tenido que dar marcha atrás a causa de las protestas francesas. Un giro importante fue la carta apostólica *Maximum illud* sobre las misiones de Benedicto XV, que ofreció en los años sucesivos las ideas madres de la política misionera de Pío XI, en cuyo marco hay que poner el nombramiento del primer delegado apostólico en China de la época contemporánea: Celso Costantini. Toda su acción fue de hecho inspirada y guiada por el prefecto de *Propaganda*, el card. Willem van Rossum, y apoyada por el secretario de estado Pietro Gasparri y el mismo pontífice.

El libro de Gabrieli sigue narrando la preparación del viaje, los encuentros de Costantini en Roma con Pío XI, Gasparri y van Rossum; el recurso de mantener secreto el encargo para no despertar polémicas que pudieran frenar, aplazar o abortar la misión. La noticia sin embargo se difundió y creó problemas en Francia, cuyo gobierno se sentía amenazado en sus privilegios y posición en China por esta decisión vaticana.

Costantini, bien apoyado por sus superiores romanos, fue muy hábil en el co-

mienzo de su misión, proponiéndose como objetivo mostrar –cada vez que fuera posible– una Iglesia independiente del poder extranjero y cercana a los chinos. No quiso, por ejemplo, ir a vivir en los barrios de las concesiones occidentales; eligió como secretario suyo a un sacerdote chino; nombró ya en 1923 el primer prefecto apostólico chino –seguido poco después de un segundo–; y evitó cuidadosamente ser acompañado de representantes diplomáticos o consulares europeos cuando iba a visitar las autoridades locales.

La primera parte del libro se ocupa de todo esto en cuatro capítulos; sigue una segunda sección, también de cuatro capítulos, que aborda los principales logros de la misión del prelado italiano: la celebración del Primer Concilio Plenario Chino en 1924; y la consagración, en Roma, de los primeros seis obispos chinos, en 1926: fue el mismo Pío XI quien los ordenó. Bajo varios aspectos, el Concilio Plenario fue el paso previo a la ordenación de los primeros obispos chinos, y también fue un paso importante en la línea de liberar la misión de la pesada tutela francesa.

La importancia de las ordenaciones –seguidas en los años sucesivos de otras– es patente a todos, si se considera que 23 años después en China el Partido Comunista se haría con el poder, y echaría de su territorio todos los misioneros.

Todo este trabajo fue llevado a cabo por Constantini en un contexto socio-político extremadamente duro (guerras civiles y mucha violencia en China), con los obstáculos que ponían las potencias extranjeras, y la disidencia de una parte de los misioneros, que veían en el delegado una amenaza a un modelo misionero, según ellos, eficaz y bien experimentado. Al mismo tiempo pudo gozar siempre del apoyo y aliento de van Rossum, Gasparri, y del mismo Pío XI.

La tercera y última parte del libro de Gabrieli, dividida en cinco capítulos, está dedicada al periodo final del trabajo de Costantini en China. Sobresalen en ella el intento de instituir relaciones diplomáticas directas con el gobierno del país asiático, que no llegó a buen fin por las continuas protestas francesas con el Vaticano, y por la confusa situación política china, que hacía difícil encontrar un interlocutor serio y estable.

Otras felices iniciativas, en las que participó el delegado, fueron la fundación de la Universidad Católica de Pekín, confiada a los benedictinos americanos, y el empuje de la Acción Católica (no hay que olvidar que la misión de Costantini en Oriente se desarrolla bajo el pontificado de Pío XI, «el papa de la Acción Católica»). Además hay que añadir la fundación de una congregación religiosa de sacerdotes locales, la *Congregatio Discipulorum Domini*.

En 1933, el prelado italiano tuvo que dejar su encargo por motivos de salud, y fue remplazado por mons. Mario Zanin.

Hay que mencionar la presencia, en la edición de la obra de Gabrieli, de un prefacio del card. Pietro Paroli, Secretario de Estado; de tres presentaciones, una de mons. Savio Hon Tai Fai, secretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, la segunda de mons. Giuseppe Pellegrini, obispo de Concordia-Pordenone, y la última del P. John Chia Khee Long, superior general de la *Congregatio Discipulorum Domini*, y una *postfazione* del rev. Bruno Mario Pighin, profesor de la Facultad de Derecho Canónico Pío X de Venecia, autor de varios estudios sobre Costantini.

El libro de Gabrieli es muy valioso por varios motivos: su capacidad de síntesis; el hecho de ofrecer una visión completa del trabajo de Constantini en Extremo Oriente; un gran recurso a fuentes primarias, del

Archivo Segreto Vaticano, del Archivo de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, y del Archivo de *Propaganda Fide*, muchas de ellas hasta ahora parcialmente conocidas.

Hay que decir algo ahora sobre los límites de este trabajo, sin que esto signifique una minusvaloración de sus muchos aspectos positivos. En primer lugar, se puede notar una cierta falta de contextualización de la situación político-social china en los años 20 del siglo pasado, basada en una buena bibliografía general del gran país asiático; también se hubiera podido presentar la acción del delegado apostólico dentro de la más amplia política misionera de Pío XI.

Otro límite es una unilateralidad de las fuentes: se puede decir que este libro presenta los acontecimientos y los problemas desde el punto de vista de Costantini y van Rossum, basándose principalmente en su

correspondencia: hubiera sido interesante ofrecer al lector –por ejemplo– también el punto de vista francés en las cuestiones de contraste entre el delegado y los representantes del Quai d'Orsay; o la perspectiva de los institutos misioneros, que en algunas ocasiones se encontraron con divergencias con Costantini. Hay que decir, sin embargo, que quizás añadir tales aspectos habría alargado mucho la obra, que –como se ha dicho– tiene la cualidad de ser una buena síntesis. Se echa en falta, además, una bibliografía y una cronología al final del libro.

Es de todas maneras un libro valioso e interesante, digno de estar presente en las bibliotecas que tienen secciones sobre la historia de la Iglesia Católica y/o la historia de Asia.

Carlo PIOPPi

Pontificia Università della Santa Croce (Roma)

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN

DYA: *La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*

Rialp, Madrid 2016, 559 pp.

Claridad, sencillez y corrección atesoran estas páginas –más de quinientas– sobre la historia de la primera academia y residencia del Opus Dei, que se leen sin solución de continuidad. Uno de los méritos de este voluminoso libro es un estilo narrativo ágil, que facilita la lectura de la monografía firmada por José Luis González Gullón, investigador del *Istituto Storico San Josemaría Escrivá*, con sede en Roma.

Esta obra significa, por muchas razones, un punto de inflexión en las investigaciones sobre el Opus Dei. Entre otras, González Gullón, es doctor en historia y teología, autor de publicaciones sobre los años treinta,

y, ante todo, especialista en sacar partido a las fuentes archivísticas, en su mayor parte, inéditas. Otra razón de la importancia de este trabajo radica en el tema objeto de estudio: la primera actividad de apostolado corporativo del Opus Dei, que aparece contextualizado en un momento histórico preciso y bien delimitado.

Sobre el contexto histórico, disiento de las primeras páginas porque la descripción de Primo de Rivera me parece demasiado benévolas, ya que fue un dictador que prometió arreglar los problemas de España en noventa días, pero se mantuvo demasiados años en el poder (pp. 19-20). Es cierto que